



## ¿Cómo vamos a cosechar paz en el país cuando lo que mayormente hemos sembrado es odio?

-Monseñor Romero, mártir de la República de San Salvador-

Estas palabras las dijo el obispo Óscar Arnulfo Romero y Galdámez en 1980, (pocas horas antes de ser asesinado), cuando vio las matanzas de inocentes en su patria, San Salvador, y fue testigo de la violencia que sufría su gente. Nosotros, aquí en México, por nuestra parte, desde hace meses hemos estado escuchando en las noticias que en nuestro país se ha desatado la violencia.

Últimamente nos dicen que hay grupos civiles armados, inclusive que se están asociando para hacer frente a las organizaciones delictivas, sosteniendo que el gobierno no brinda suficiente protección a los ciudadanos y que ellos por el bien de sus hijos e hijas han tenido que organizarse; el gobierno por su parte alega que nadie tiene derecho a valerse de justicia por su propia mano.

En fin, pareciera que no nos ponemos todavía de acuerdo sobre cuáles son las causas de que exista esta situación penosa en el país. Hay quien está a favor y quien en contra de que los ciudadanos se levanten en armas para protegerse. Por lo que se me hace apropiado recordar aquí aquél viejo dicho africano: *Cuando dos o más elefantes pelean, el que perece es el pasto tierno* (es decir, los más pobres e inocentes). Eso es muy cierto aquí en México, mientras se averigua quien es quien.

Sin embargo, hermanos y hermanas, bien fácil nos puede pasar que vivamos los cristianos pensando que la violencia solamente está en esas zonas donde hay gente que no se pone de acuerdo acerca de la manera de defenderse de la inseguridad social en que vivimos. Pero sería un gravísimo error pensar así, pues la violencia existe en varios otros sectores de nuestro pobre y devastado país aunque se deja ver de otras maneras (pues aunque México es hermoso en muchos sentidos, sufre una violencia que cada vez cuesta más solucionar).

Mira, date cuenta que la violencia está presente también en ese esposo que maltrata a su esposa, que la humilla y la rebaja enfrente de los hijos; en esa esposa que se desquita con sus hijos por los problemas con el esposo. En esos hermanos de mismo padre y madre que se envidian y no viven con el amor que debieran. ¿Y no es cierto que hasta entre vecinos vivimos lastimándonos en vez de permitirle a Jesucristo que transforme nuestras vidas y que nos enseñe a amarnos unos a otros demostrando el respeto por la vida ajena?

Definitivamente, hermanos amadísimos, muchas veces nos la pasamos sembrando en nuestras familias, propias y ajenas, la mentira, el chisme, el odio; y eso es lo que transmitimos y damos a beber a las jóvenes generaciones: una vida donde el otro no importa. Solo importa si sirve para satisfacer mis caprichos, si puede ser usado a mi favor... si lo uso (si se deja manipular) entonces es bueno, y si no permite que lo manipule para provecho propio entonces no es amigo sino enemigo.

Sí mis hermanos amadísimos, muchas veces lo que sembramos en nuestra propia familia es la semilla del odio y de la división, y aún así queremos cosechar paz y amor, eso no es posible. Pues no puedes sembrar en una huerta una semilla de mango y esperar que produzca aguacates. Cuando el amor no es el que dirige nuestros pensamientos y acciones ¿qué es lo que me mueve a obrar entonces?... hay, mis hermanos, muchas veces es el capricho humano y nada más.

San Agustín de Hipona hace una pregunta que debiera hacer pensar cómo estamos conduciendo nuestras vidas: **“¿Si quitas el amor, qué queda?... pregunta el santo y él mismo responde: ¡el odio!”**.

Es una frase muy cierta, definitivamente que sí. ¿Y cuántas veces nosotros vivimos señalando los errores de la sociedad en que vivimos... que si éstos son buenos, que si éstos malos, pero no ve Dios ni el más mínimo intento de cambiar nuestra propia historia? ¿Ni muevo un solo dedo para hacer lo que me corresponde aunque sea con los más cercanos a mí?

Vivimos muchas veces conformándonos con apuntar los errores sociales, pero somos nosotros mismos los que pisoteamos los derechos de los más pobres, abusando de aquellos que pensamos que no tienen voz ni voto, y maltratando a los necesitados que salen a nuestro encuentro pidiendo que hagamos algo por ellos. Permitimos que nuestro corazón se pudra con el veneno de las envidias y discordias, alcahueteando que nuestros sentimientos estén lejos de los sentimientos de Jesús, el Maestro Divino, y justificando nuestra mala conducta por el mal de otros.

Somos buenos para juzgar, pero no queremos cambiar nuestra actitud muchas veces prepotente con los demás. Ni siquiera con nuestra propia familia. Y así, cuando la violencia y el odio comienzan a tomar el control de nuestra sociedad, de nuestras calles, de nuestro barrio o colonia, cuando ha pervertido el mal la vida de nuestros jóvenes y la violencia aniquila sus sueños más hermosos de bien, todavía nos preguntamos ¿por qué hay gente tan mala?

De verdad, amadísimos hermanos, créanme, ese odio; esa violencia son frutos también de la falta de amor en nuestras familias... y del odio, la ambición de poder y de tener, aún por encima de los más débiles e indefensos. Casi en todos los casos estamos cosechando lo que hemos sembrado; y esa mala semilla ha brotado en nuestro ambiente y ha cobrado la vida de inocentes.

Vivimos pagando las consecuencias de no darle el lugar que le corresponde a Jesucristo en el ambiente familiar y social. Y es que muchas veces nuestra vida pasa sin tener en cuenta la voz de Dios que nos impulsa al amor y al respeto de unos hacia otros. ¿Cómo se entrenan los jóvenes para vivir en la sociedad de nuestro Acapulco? ¿No son los mismos padres que los alejan de las cosas de Dios muchas veces? Desgraciadamente sí. No en pocas ocasiones lo que más interesa a los papás para sus hijos, es dejarles asegurado económicamente el futuro aunque sean pésimos cristianos y seres humanos.

Pero Jesús dijo: **«Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece unido a Mí y Yo en él, da mucho fruto; porque sin Mí nada pueden hacer»** (Jn 15,5).

Mis Hermanos, pongamos atención, Jesús no dijo: «Sin Mí pueden hacer poco», sino: «Sin Mí nada pueden hacer». Así que nos toca amarlo a Él con todas nuestras fuerzas y pedirle que no permita que el pesimismo y el mal nos vengzan. De verdad, es en serio, mucho puede cambiar si empezamos a sembrar amor en vez de odio, chismes, envidias y divisiones alrededor nuestro, y principalmente en nuestra familia. Yo te invito a que permitas en ti un cambio de mentalidad y no te dejes llevar por el mal. No siembres más rencor en tu familia. Siembra perdón y amor y cosecharás lo mismo... seguramente que sí. Pídele a María Santísima, nuestra Madrecita, que te ayude a lograrlo, pues ella es la mejor de las madres y quiere que amemos a Su Hijo Jesús con todas las fuerzas de nuestro ser. Dios te bendiga y te acompañe en esta semana.